

NICARAGUA EN LOS CRONISTAS DE INDIAS



Angleria - Andagoya - Sanchez Bortero
Las Casas - Motolinia - López de Gomara
Benzoni - Cibdad Real - López de Velasco



Serie Cronistas n° 1

DERECHOS RESERVADOS POR EL FONDO DE
PROMOCION CULTURAL — BANCO DE AMERICA — 1975

Impreso en los talleres de Papelera Industrial de Nicaragua, S. A. — (PINSA).



Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS
FUNDACION
www.enriquebolanos.org

FONDO DE PROMOCION CULTURAL BANCO DE AMERICA

La Junta Directiva del Banco de América, consciente de la importancia de impulsar los valores de la cultura nicaragüense, aprobó la creación de un Fondo de Promoción Cultural que funcionará de acuerdo a los siguientes lineamientos.

- 1.— El Fondo tendrá como objetivo mediano la promoción y desarrollo de los valores culturales de Nicaragua; y
- 2.— El Fondo tendrá como objetivo inmediato la formación de una colección de obras de carácter histórico, literario, arqueológico y de cualquier naturaleza, siempre que contribuyan a enriquecer el patrimonio cultural de la nación. La colección patrocinada por el Fondo se denominará oficialmente como "Colección Cultural-Banco de América".

El Fondo de Promoción Cultural, para desempeñar sus funciones, estará formado por un Consejo Asesor y por un Secretario. El Consejo Asesor se dedicará a establecer y a vigilar el cumplimiento de las políticas directivas y operativas del Fondo. El Secretario llevará al campo de las realizaciones las decisiones emanadas del Consejo Asesor.

El Consejo Asesor del Fondo de Promoción Cultural está integrado por:

Dr. Alejandro Bolaños Geyer

Don José Coronel Urtecho

Dr. Ernesto Cruz

Don Pablo Antonio Cuadra

Dr. Ernesto Fernández Holmann

Dr. Jaime Incer Barquero

Don Orlando Cuadra Downing, Secretario



OBRAS PUBLICADAS POR EL FONDO DE PROMOCION CULTURAL DEL BANCO DE AMERICA:

SERIE: ESTUDIOS ARQUEOLOGICOS

- 1 Nicaraguan Antiquities por Carl Bovallius
(Edición Bilingüe)
- 2 Investigaciones Arqueológicas en Nicaragua
Por J. F. Bransford — En Español y en Inglés

SERIE: FUENTES HISTORICAS

- 1 Diario de John Hill Wheeler
- 2 Documentos Diplomáticos de William Carey Jones
- 3 Documentos Diplomáticos para servir a la Historia
de Nicaragua — José de Marcoleta

SERIE LITERARIA

- 1 Pequeñeces . . . Cuiscomeñas de Antón Colorado —
Enrique Guzmán
- 2 Versos y Versiones Nobles y Sentimentales —
Salomón de la Selva
- 3 La Dionisiada — Novela — Salomón de la Selva

SERIE HISTORICA

- 1 Filibusteros y Financieros — William O. Scroggs
- 2 Los Alemanes en Nicaragua — Goetz von Houwald

SERIE CRONISTAS

- 1 Nicaragua en los Cronistas de Indias — Siglo XVI

EN PRENSA

La Guerra en Nicaragua — William Walker
Traducción de Don Fabio Carnevalini

Nicaragua en los Cronistas de Indias — Siglo XVII y XVIII



NOTA EXPLICATIVA

EL FONDO DE PROMOCION CULTURAL DEL BANCO DE AMERICA, consciente de la necesidad de enriquecer el acervo histórico de la nación, se complace en presentar en este primer número de la SERIE CRONISTAS, a todos aquellos que en el Siglo XVI, ya fuese por observaciones personales o por informaciones recibidas de otros, publicaron sus Crónicas de Indias, en las que describieron las tierras recién descubiertas, los usos y costumbres de sus habitantes y los efectos de la conquista en la vida de los aborígenes y de los conquistadores mismos.

Esta recopilación — única en su género para un solo país de la América Hispana — fue elaborada por el acucioso investigador de nuestras letras, don Jorge Eduardo Arellano, quien, por encargo del Fondo, hizo sus investigaciones y consultas en la Biblioteca Nacional de Madrid, España, en la Biblioteca del Banco Central de Nicaragua y en el Instituto Histórico Centroamericano de la UCA en Managua, Nicaragua, que con tanto acierto dirige don Alvaro Argüello Hurtado, S. J. La Introducción y las Notas a cada uno de los trabajos fueron hechas por el mismo señor Arellano.

El historiador nicaragüense y los estudiantes y lectores de la Historia de Nicaragua, obtendrán en esta SERIE CRONISTAS de la COLECCION CULTURAL - BANCO DE AMERICA una valiosa fuente de información de las raíces de nuestra nacionalidad, sólomente asequible en libros de muy difícil obtención.



NICARAGUA EN LOS CRONISTAS DE INDIAS SIGLO XVI

INDICE GENERAL

	PAG.
Nota Explicativa	7
Pedro Mártir de Anglería	Décadas del Nuevo Mundo. 9
Pascual de Andagoya	Relación de los sucesos de Pedrarias Dávila en las provincias de la Tierra Firme. 39
Juan Sánchez Bortero	Entrada y descubrimiento del Volcán de Masaya, que está en la provincia de Nicaragua. 53
Bartolomé de las Casas	Carta a un personaje de la Corte/ Apologética Historia/Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias. 67
Toribio de Benavente Motolinía	Historia de la Nueva España. 97
Francisco López de Gómara	Historia General de las Indias. 107
Girolamo Benzoni	Historia del Nuevo Mundo. 127
Antonio de Ciudad Real	Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al Padre Fray Alonso Ponce. 139
Juan López de Velasco	Geografía y Descripción de las Indias. 171
Abreviaturas	191
Índice Onomástico	192

PEDRO MARTIR DE ANGLERIA

I N T R O D U C C I O N

La crónica más antigua sobre Nicaragua se encuentra en la sexta parte de la obra **De Novo Orbe Decadas** de Pedro Mártir de Anglería. Escritas en latín, esas décadas del Nuevo Mundo constan de ocho divididas cada una en diez capítulos; la primera data de 1494 y la última de 1526, año en que murió Anglería. La correspondiente al descubrimiento del territorio nicaragüense está fechada en Burgos el 14 de julio de 1524. Por lo tanto, su autor fue el primero en aprovechar la carta de Gil González redactada el 6 de marzo de ese mismo año. [1].

Nacido en Milán, Anglería residió en Roma hasta 1487 y, desde entonces, en España profesando en Salamanca y luego como agregado de la Corte de los Reyes Católicos. En tal circunstancia ilustró ese reinado con el **Opus Epistolarum**, una colección de ochocientas cartas ordenadas cronológicamente, entre las cuales figuraban algunas referentes al descubrimiento de América.

Estas últimas le sirvieron para ser el primer historiador de ese acontecimiento a instancias de los Papas, a quienes les informaba todo lo que sabía; de esta forma, en un latín lleno de neologismos, compuso sus décadas que recogían relatos exóticos para los europeos de su tiempo, pero bastantes fieles a la realidad eran tomados de los propios labios y documentos de los protagonistas.

En el caso de la sexta, que constituye la crónica aquí incluida, el cronista italiano confiesa su fuente principal: “... a más que las (cosas que) entesaqué de las cartas de Gil ... me las dejó escritas su cwestor regio, que comúnmente se dice tesorero, al cual tomó una pequeña parte en todos aquellos trabajos, y se llama Andrés Cereceda”. [2].

- 1) Dirigida a Su Majestad desde la Isla Española, ese documento esencial de la historia de Nicaragua puede consultarse en R.A.G.H.N., Año I, tomo I, Núm. 2, diciembre de 1936, pp. 209 - 225; en COLSOM, I, pp. 89 - 107 y, fragmentada en su parte medular, en PrensLit, 17 de octubre, 1971.
- 2) Así lo dice en el Capítulo IV de su década VI, p. 19 de la edición inserta en la R.A.G.H.N., ya citada.

Basado, pues, en testimonios auténticos, aportó no pocos detalles acerca de la expedición de González Dávila y las culturas indígenas que hallaron sus soldados: las preguntas del cacique Nicaragua y la exposición de la doctrina cristiana por el jefe conquistador, (3) la descripción de los sacrificios humanos, templos y alrededores del pueblo del mismo cacique.

Un episodio interesante, transmitido por el citado tesorero, es el de la anécdota de las barbas: "**Voy a añadir una cosa que omite Gil en el discurso de la narración y la ha contado Cerezeda**", afirma Anglería (4): para acrecentar el pánico entre los indios, pues éstos les tenían tanto miedo a los extranjeros como a sus caballos, González Dávila mandó a cortar el cabello a sus hombres más melnudos y a trasladarlo a las barbas de los más bisoños; estratagema que probablemente le dio resultado.

El texto que presentamos fue tomado de la traducción del teólogo español Dr. D(on) Joaquín Torres Asensio, para entonces prelado doméstico de Su Santidad y Canónigo Lectoral de Madrid; perteneciente a una serie de **Fuentes Históricas sobre Colón y América**, esa versión apareció en la misma Madrid, Imp. de la S.E. de San Francisco de Sales, Pasaje de la Alhambra, núm. 1, 1892.

Entre nosotros se ha reproducido con el título de "La expedición de Gil González Dávila y costumbres de los aborígenes" en la **R.A.G.H.N.**, Toma VI, Núm. 1, abril, 1944, pp. 12-28 y su fragmento más significativo, "El primer diálogo que hubo en Nicaragua entre el conquistador Gil González y el cacique Nicaragua", en el **Boletín de la Academia Nicaragüense de la Lengua**, Año IV, vol. IV (1945), pp. 6-8.

-
- 3) Este diálogo puede llamarse "de los siglos" según un historiador guatemalteco, quien agrega: "... el cacique Nicaragua se remontó, siempre con la mayor naturalidad, a una crítica sonriente de la naturaleza" y, de una vez, declara "muerto" al capitán español en este duelo de ideas. Virgilio Rodríguez Beteta: **La evolución de la imprenta, los libros y el periodismo coloniales**. Guatemala, Tipografía Nacional, 1962, p. 13. También lo ha comentado, con acierto y profundidad, Pablo Antonio Cuadro: "El diálogo con que se inicia nuestra historia" (**PrensLit**, 10 de octubre, 1965).
- 4) En el capítulo V, apartado 4.

DECADAS DEL NUEVO MUNDO

VI

CAPITULO I

SUMARIO: 1.—Introducción. 2.—Relaciones de Gil González. Seis colonias hacia el istmo.

1.—Antes de que te volvieras a Roma, ⁽⁵⁾ una vez desempeñada en España tu embajada útil y honrosa para dos Pontífices, cuando esta nación no tenía Reyes porque se había marchado el César a tomar posesión de la corona imperial que le había sido ofrecida, me parece que sabías que entre los nobles españoles que andaban navegando por las costas australes de nuestro creído continente en el Nuevo Mundo no dejaban de distinguirse Gil González y el licenciado Espinosa, ⁽⁶⁾ juriconsulto. Acerca de Espinosa puse mucho, estando tú aquí, en mi tercera Década, que escribí para el Pontífice Máximo León a petición suya.

2.—Ahora, al cabo de dos años, tenemos cartas de Gil González, fechadas en la Española, capital de aquellas regiones, el 6 de marzo de 1524, a la cual isla dice que arribó con ciento doce mil pesos de oro, y que había vuelto a Panamá el 25 de julio del otro año 1523. ⁽⁷⁾

Es muy grande el volumen de sus cartas, porque refiere todas las menudencias que le sucedieron en largo espacio de tiempo y de tierra. También son difusas las peticiones que

-
- 5) Se dirige al Arzobispo de Coehenza, quien era el encargado de entregarle al Papa su carta o década.
6) Gaspar de Espinosa, lugarteniente de Pedrarias Dávila.
7) Un marginal de la carta de Gil González Dávila reza: "bolbio a panamá a 5 de junio de 1523".

hace al César ⁽⁸⁾ por los trabajos y peligros, y calamitosa necesidad que pasó en aquella expedición, y no faltan quejas sobre Pedro Arias, Gobernador general de aquellas tierras que designamos con el nombre común de Castilla del Oro, y habla pidiendo encarecidamente que se la emancipe de la autoridad de él; entre otras cosas, dice que él es nacido de más noble sangre, como si importara el que sean hijos de un indolente figonero o de un Héctor los que son nombrados por los Reyes para estos negocios laboriosos y grandes, particularmente en España, donde piensan la mayor parte que es prerrogativa especial de los nobles el vivir ociosos sin ejercitarse en nada como no sea en la guerra, y eso mandando, que no obedeciendo.

He recibido cartas tuyas, que me las entregó tu Juan Pablo Oliver, fechadas en Roma el 7 de mayo, en las cuales, entre otras cosas, me dices que el Sumo Pontífice Clemente no se complace menos de estos apuntes que su tío el Papa León, o su predecesor Adriano, que con Breves suyos me mandaban escribirlos. De entre muchas cosas he escogido un poco, que te lo dirijo a tí, no a su Beatitud, el cual, si como su tío León, si como el sucesor de éste, Adriano, me manda escribir, obedeceré con gusto de lo contrario, no me tomaré este trabajo, no sea que lenguas malignas digan que he incurrido en la nota de temerario.

Siguiendo, pues mi costumbre, dejaré a un lado los gustos de los que escriben, y tocaré lo que me parezca que necesita conocerse. Y de este propósito no me apartará un punto el encabezamiento aquel de tu carta, en que me haces saber que en Alemania se ha traducido palabra por palabra, del español al latín, por consejo de Juan de Granada, electo obispo de Viena, todo lo que a nuestro cesáreo Senado y al mismo César ha escrito, de las cosas de Indias, Fernando

8) Carlos I de España y V de Alemania.

9) Hernán.

PEDRO MARTIR DE ANGLERIA

Cortés, conquistador de las inmensas regiones de Yucatán y Méjico; porque, como sabes, de su relación y las de otros he entresacado yo solamente lo que parecía digno de notarse.

Entremos ya en materia, y comencemos por las colonias que se han erigido, para que con reglas de la geografía antigua, se entienda más fácilmente qué derroteros recorrió Gil. Acerca de la extensión de aquellos territorios, que casi, y sin haberles encontrado el fin, son tres veces más largos que toda la Europa, hice mención bastante extensa, bajo el nombre de **Creído Continente**: en mis primeras Décadas, que se han impreso y corren por el orbe cristiano.

Al calcular la anchura del río Marañón, escribí que aquella tierra tiene adyacentes dos mares inmensos: este nuestro occidental, (10), que es septentrional para aquella tierra, y otro al Sur. (11). Esto supuesto, sepa Vuestra Beatitud (12) que los españoles han levantado seis colonias en los lados de aquella tierra: tres en el septentrional, en las márgenes del río Darién, en el golfo de Urabá que se llama María de la Antigua; una Acla, a veinte leguas de Darién; la de Nombre de Dios, en la jurisdicción del cacique Careta, y la tercera a treinta y siete leguas de Acla. En la costa austral erigieron otras tantas, a una de las cuales, dejándole el nombre patrio, llamaron Panamá, con final aguda; la segunda Natam, a treinta y nueve leguas de Panamá: y la tercera, llamada Chiriquí a setenta y cinco leguas de Natam.

10) El océano Atlántico.

11) El Pacífico.

CAPITULO II

SUMARIO: 1.—Carretera para cruzar el istmo de Panamá. 2.—Expedición de Gil González en busca de un estrecho. 3.—Falta pan y sobra oro. 4.—Enfermedades y trabajos.

1.—Desde el puerto de la colonia septentrional llamada Nombre de Dios hasta la Panamá austral, se propusieron los habitantes, con el gobernador Pedro Arias, abrir un camino por montañas intransitables, de ásperos riscos y densos bosques intactos **ab aeterno**. Pues aquel trecho de tierra de entre ambos mares no tiene más que diecisiete leguas, que comprende unas cincuenta leguas, por más que en otras partes es la tierra muy ancha, y tan ancha, que desde las bocas del río Marañón, que desagua en el océano de Norte a Sur se extiende cincuenta y cuatro grados más allá del Ecuador, como creo que lo viste en la Década enviada a Adriano, que murió poco ha; que te la envié para que la entregaras al sucesor, aunque dedicada a otro, supuesto que él falleció sin haberla recibido, en la cual se habla largamente de las islas que crían los aromas, halladas por aquel rumbo.

Pues por aquel istmo, con sumo gasto, ya del Rey, ya de los habitantes, rompiendo rocas y guaridas harto emboscadas de varias fieras, hacen un camino por donde puedan pasar dos carros, a fin de que, pasando fácilmente, puedan investigar los secretos de ambos mares; pero aún no lo han llevado a cabo.

PEDRO MARTIR DE ANGLERIA

2.—Gil González dice que con una flotilla casi inerte de cuatro naves zarpó hacia Occidente el día 21 de enero del año 1522 de nuestra salud, desde la isla que en las primeras Décadas dije se llamaba Rica, y ahora isla de las Perlas por haber allí gran abundancia de ellas, por obedecer a lo que había mandado el César por consejo de nuestro Real Senado; de los cuales recibió orden de que, explorando las no recorridas regiones occidentales, investigara con diligencia si entre los últimos confines, ya hace tiempo conocidos, del creído continente y el principio del territorio de Yucatán, se encontraría algún estrecho que divida aquellas inmensidades.

Por decirlo en pocas palabras: Estrecho no encontraron; pero voy a decirte lo que hizo, dejando atrás muchos rodeos, notados ya la mayor parte. El escribe que por espacio de unos diecisiete meses penetró hacia Occidente seiscientos cincuenta leguas, que son alrededor de dos mil millas, por nuevas regiones e imperios de caciques.

3.—Entretanto que reparaban las naves averiadas y talaradas por las culebrillas de mar que los españoles llaman **broma**, no teniendo qué comer, se vió en la precisión de entrar por tierra; recorrió por lo interior doscientas cuarenta y cuatro leguas con unos cien hombres, mendigando pan para sí y sus soldados, de la mayor parte de los caciques, los cuales dice que le regalaron ciento doce mil pesos de oro. El peso es un tercio más que la dracma, como precisamente hubiste de aprenderlo en los catorce años que tuviste tan distinguido lugar entre los españoles. Dice que los clérigos que tenía consigo bautizaron más de treinta y dos mil indígenas de ambos sexos, y no contra su voluntad.

12) Continúa dirigiéndose a la dignidad eclesiástica de Cohenza.

Afirma que navegó tanto, que al otro lado de la provincia de Yucatán encontró las mismas costumbres e idiomas que tienen los habitantes de Yucatán. De los ciento doce mil pesos traídos por el tesorero Cereceda, enviado por él, dice que, por la parte que le toca al César, le envía por una parte diecisiete mil pesos de oro medio puro, que alcanza doce y trece grados (13); y por otra parte quince mil pesos, y trescientos sesenta pesos en hachas, ineptas para la carpintería en vez de las de hierro y acero. Calculado el peso de las hachas, escribe que por testimonio de los maestros que prueban los grados (14) del oro, designados para esto, cada una vale, poco más o menos, medio ducado de oro.

Lo que nosotros tenemos en mucho, es el haberse descubierto tierras en que los instrumentos fabriles y rústicos son todos de oro, aunque no puro. También dice que en cascabeles fundidos de oro, a que son muy aficionados, ha enviado seis mil ochenta y seis pesos: como no tienen ningún grado, o casi ninguno, según cálculo de los peritos, para que los cascabeles, meneándolos, tengan más suave y agudo sonido, creen los nuestros que los fabrican así sin ley ninguna, pues el sonido del oro, como debes de saberlo, es más flojo cuanto más puro es el oro.

4.—Pero refiriendo más particularmente la mayor parte de las cosas, dice que, aunque estaban próximos al equinoccio, no tenían mucho frío, pero que por el paso de los ríos y las frecuentes lluvias, porque eran los meses de nuestro invierno, a él y sus compañeros les sobrevinieron varias enfermedades que les imposibilitaban el hacer grandes cosas en el viaje, pasando con canoas unilíneas del país a una isla nueva que, según él y sus compañeros, tiene de larga diez leguas y de ancha seis.

13) Quiere decir quilates.

14) Id.

PEDRO MARTIR DE ANGLERIA

El cacique de la isla le recibió benignamente; su palacio dice que está construido en un collado de poca elevación con vigas de punta, y el techo de paja larga y de hierbas que le defienden de la lluvia, y tiene la forma de las tiendas de campaña. En esta isla, y cerca de la corte, corre un gran río dividido en dos, el cual dice que en el tiempo que él estuvo en casa del cacique detenido por los aluviones, inundó tanto toda la isla e invadió la propia morada regia hasta la cintura de un hombre, de modo, que reblandecidos por la furia de la crecida los cimientos de los postes que sostenían el palacio, se hundió éste; pero las puntas superiores de las vigas, unidas entre sí, sostuvieron compactas la obra, evitando que del todo se les cayera encima; a hachazos abrieron una puerta para poder salir. Refugiaronse en las ramas de altos árboles, donde cuenta que pasaron dos días él, y juntamente sus compañeros y sus huéspedes, hasta que, cesando la lluvia, las aguas volvieron a sus álveos.

Refiere muchos casos particulares; pero ya te bastará con dar cuenta de estas aventuras al Beatísimo Clemente, a quien la inmensa mole de los negocios debe de tener siempre ocupado.

Habiéndose llevado el aluvión las provisiones, obligado por la necesidad para buscar qué comer, avanzó aún por tierra hacia el Occidente, pero sin perder nunca de vista la costa, y llegó hasta un puerto ya conocido, y llamado por los nuestros el puerto de San Vicente. Halló que habían aportado allí sus compañeros, con los cuales así lo había conve-nido al separarse de ellos mientras arreglaban las naves y las vasijas del agua.

CAPITULO III

- SUMARIO: 1.—Se bautiza el cacique Nicoyán (15) y su gente. 2.—Y nueve mil de Nicoragua. (16)
3.—Obsequios del cacique Diriagen. (17).

1.—Después de haberlos saludado como el caso lo requería, y deliberando con madurez lo que debiera hacer cada cual, sacando de las naves los cuatro caballos que habían traído, mandó a los de la flotilla que fueran navegando despacio en derechura al Occidente; les ordenó que no llevaran extendidas las velas de noche, por temor de los escollos y los bajos de arena, supuesto que tenían que navegar por desconocidos derroteros del mar; y él, caminando por tierra con aquellos cuatro caballos y unos cien infantes, vino al territorio de un cacique llamado Nicoyán.

Habiéndoles recibido benignamente Nicoyán, le regaló catorce mil pesos de oro; y persuadido por los nuestros de que hay encima del sol otro Criador del cielo y de la tierra que no el que ellos piensan, el cual sacó de la nada al mismo sol y la luna y los demás astros que se ven, y los gobierna con su sabiduría, y a cada hombre le da la recompensa que merece, quiso recibir el bautismo con toda su familia, y, a ejemplo del cacique, se bautizaron de su reino miles de personas de

- 15) Variante de Nicoya, su nombre verdadero como lo afirma González Dávila en su carta; véase la R.A.G.H.N., Núm. cit., p. 213: "... llegué a un cacique que se llama *nycoya*".
16) Id. de Nicaragua. Véase también la fuente anterior y su misma página: "... *Tubo nueva de un gran cacique que se llama nicaragua*".
17) Id. de Diriangén. Igualmente, la carta del descubridor español, p. 215, lo establece: "... devían saber lo que los otros caciques hazían conmigo y vino de ellos que se dize *diriangen* vinome a ver ...".

PEDRO MARTIR DE ANGLERIA

ambos sexos. En unos diecisiete días que pasó con Nicoyán le dejó tan instruido que al marcharse (18) (**González**), el cacique en su lengua, que entendían los convecinos, le dijo lo que sigue:

—**"Toda vez que ya no he de hablarles más a estos antiguos simulacros de los dioses, ni les he de pedir nada, llévatelos"**; y esto diciendo, dió a Gil González seis simulacros de oro, un palmo de altos, antiguos monumentos de sus antepasados.

2.—Supo que a cincuenta leguas de la corte de Nicoyán reinaba un cacique llamado Nicoraguamía, (19) que estaba en su regia sede, Nicoragua, camino de un día. Envió mensajeros que notificaran al cacique lo mismo que los nuestros suelen decir a los demás reyesuelos antes de obligarles, a saber: que se hagan cristianos y que admitan la obediencia y las leyes del gran Rey de las Españas, y que si lo rehusaba le haría guerra y le obligaría. Al día siguiente le salieron al encuentro cuatro nobles de Nicoragua, diciendo en nombre de su cacique que deseaban la paz y el bautismo. Fueron los nuestros a Nicoragua con toda la gente, y bautizaron a un número algo mayor que los otros: nueve mil. Nicoragua dió quince mil pesos de oro en varias joyas a Gil González, que compensó dones con dones. Dió a Nicoragua un vestido de seda, y una camisa de lino, y un gorro de púrpura; y levantando allí dos cruces, una en el templo de ellos, y otra fuera de la casa del pueblo, se marchó.

3.—Fué a otra región, a seis leguas, marchando siempre hacia Occidente, donde dice que encontró seis poblaciones como de dos mil casas cada una. (20). Habiéndoles llega-

18) Gil González.

19) Otra variante, menos aproximada, de Nicaragua.

20) Ochomogo, Nandapia, Mombacho, Nandaime, Morati y Gotego, según CERECEDA, p. 119.

do la fama de los nuestros, por deseo de verles mientras estaban por aquellos seis pueblos se les presentó otro cacique de más al Occidente que se llamaba Diriagen, acompañado de quinientos hombres y veinte mujeres, diez banderas y cinco trompeteros, que iban delante según su usanza. Acercándose el cacique a Gil González, que le esperaba en un solio dispuesto con aparato regio, mandó tocar la trompeta, después callar e inclinar las banderas que iban delante.

Cada uno de los hombres, traía, éste una, aquél dos aves semejantes a los pavos, y no inferiores a ellos ni en lo grande ni el sabor: son los que crían en las casas como nosotros las gallinas. Hago una pequeña digresión con tu permiso. Repito muchas particularidades de éstas, y a un Esculapio como tú te propino una medicina yo, inepto labriego, pues muchas de estas cosas te son muy conocidas, y en mis Décadas las he mencionado extensamente. Pero juzgando que esto puede llegar a manos de los hombres estudiosos, que no lo saben ni tú se lo has de explicar, lo repito para que por tí logren su deseo; no me acuses, pues, tú que has nacido para utilidad de muchos.

Trajo este régulo, Diriagen, por medio de sus criados, más de doscientas hachas de oro que cada una pesaba dieciocho pesos o algo más. Preguntado por los intérpretes que Gil tenía a su lado y entendían a los nuestros qué motivo le había inducido a venir, dicen que respondió que por lograr ver a la gente nueva que había oído andaba por aquellas regiones, y saber lo que deseaban de él, ofreciéndose a obedecerlos.

Exponiendo las mismas razones que a los demás, les exhortaron a que se hicieran cristianos y aceptaran la obediencia del gran Rey de España. Respondió que le parecían bien ambas cosas, y prometió que a los tres días volvería a recibir órdenes de los nuestros. Y se marchó.

CAPITULO IV

SUMARIO: 1.—Preguntas de los indios, y respuestas de Gil González sobre el diluvio universal, y otros varios puntos. 2.—Capitán y misionero.

1.—Entretanto que los nuestros estaban en Nicoragua, pasaron muchas cosas no indignas de contarse; a más de que las entresaqué de las cartas de Gil, me las contó, y al marcharse me las dejó escritas su cuestor regio, que comúnmente se dice tesorero, el cual tomó una pequeña parte en todos aquellos trabajos, y se llama Andrés Cereceda. (21).

Recayendo la conversación sobre varios asuntos, por no tener qué hacer, entre Gil, capitán de nuestras tropas, y el cacique Nicoragua, mediante un intérprete nacido no lejos del reino de Nicoragua y educado por Gil, y que hablaba bastante bien el idioma de ambos, Nicoragua preguntó a Gil qué sentían en la tierra de aquel Rey poderoso de quien Gil se declaraba vasallo acerca de un cataclismo pasado que había anegado toda la tierra con todos los hombres y animales, según él lo había oído de sus mayores. Gil le dijo que se creía eso mismo. Preguntando si se pensaba que vendría otro, le respondió Gil que no, sino que así como una vez habían perecido todos los animales, excepto unos pocos, en un diluvio de agua a causa de las iniquidades de los hombres y principalmente por las de carnalidad, así, tras una serie de

21) Con cinco de sus compañeros, Cereceda fue uno de los testigos principales de la toma de posesión del Gran Lago realizada por su jefe González Dávila.

años que los hombres no conocen, ha de suceder que todo quede reducido a cenizas por llamas de fuego enviadas del cielo. Se quedaron todos pasmados al oír esto. A la pregunta si esta gente tan sabia venía del cielo, el intérprete le dijo que sí. Si habían bajado en línea recta, o dando vueltas o formando arcos, preguntó con cierto aire de inocente sencillez: a esto el intérprete respondió que no lo sabía, pues había nacido él en la misma tierra que el propio Nicoragua o cerca de ella.

Después le dijo que preguntara a su amo Gil si alguna vez la tierra se voltearía boca arriba. Gil declaró que ese secreto lo sabe únicamente el Criador del cielo, de la tierra y de los hombres. Preguntó del fin general del linaje humano, y de los paraderos destinados a las almas cuando salen de la cárcel del cuerpo, del estado del fuego que un día ha de enviar ⁽²²⁾, cuándo cesarán de alumbrar el sol, la luna y demás astros; del movimiento, cantidad, distancia y efectos de los astros y de otras muchas cosas. Aunque Gil tenía buen ingenio y era aficionado a manejar libros en romance, traducidos del latín, pero no había alcanzado tanta instrucción que pudiera dar á todo esto otra respuesta sino que la Providencia se reservaba en su pecho el conocimiento de aquellas cosas.

A las preguntas que Nicoragua hizo sobre el soplar de los vientos, las causas del calor y del frío, y la variedad de los días y las noches, aunque entre ellos es poca por distar poco del equinoccio, y sobre otras muchas cosas semejantes, respondió Gil explicando la mayor parte según sus alcances, y dejando lo demás al divino saber.

Después de esto, descendiendo Nicoragua y sus cortesanos a las cosas terrenas, preguntaron si se puede sin culpa

22) el cielo.

comer, beber, engendrar, jugar, cantar, danzar, ejercitarse en las armas. Les respondió de este modo: dijo que es preciso comer y beber, pero que en esto se ha de evitar la crápula, porque todo lo que se toma fuera de lo que la naturaleza necesita, es dañoso al vigor del espíritu y a la salud del cuerpo, y que resultan de allí semilleros de vicios, riñas y enemistades; que también es lícito el trato conyugal, pero sólo con una mujer, y ésta unida con el vínculo del matrimonio, y que hay que abstenerse también de otros géneros de impureza si se quiere agradar al Dios que lo ha criado todo; que tampoco está prohibido tener a su tiempo cantares, juegos y danzas honestas.

2.—Acerca de las ceremonias y la sanguinaria inmolación de víctimas humanas, como nada le preguntaron, habló el que aquellas oblacones de sacrificios eran sumamente desagradables a Dios, y que el gran Rey, su señor, tiene ley que a hierro muera el que a hierro mate a otro; y que aquellos simulacros a quien ellos ofrecen sangre humana son imágenes de los demonios que hacen prestigios, los cuales, arrojados por su soberbia de sus asientos del cielo, fueron encerrados en los antros infernales, de donde, saliendo de noche, se aparecen las más veces a hombres inocentes, y con sus artes engañosas los persuaden que hagan lo que se debe omitir en todo orden de cosas, a fin de apartar nuestras almas del amor de Aquel que las crió, y mediante la caridad y demás buenas obras de esta vida, desea llevárselas consigo, no sea que, arrebatándolas aquellos vestiglos de las delicias eternas, preparadas para después de la muerte corporal, a los perpetuos tormentos y calamitosas desdichas, se hagan compañeras de ellos.

CAPITULO V

SUMARIO: 1.—Gil González civilizando. 2.—Respuesta de los indios tocante a la guerra. 3.—Ejemplar inauguración del culto cristiano. 4.—Barbas guerreras. 5.—Casas y templos de allá.

1.—Luego que Gil, cual predicador de púlpito, se explicó en este semejante sentido, se lo hizo entender a Nicoragua del mejor modo que pudo por medio del intérprete. Nicoragua dió asentimiento a lo dicho por Gil, y a la vez preguntó qué deberían hacer ellos para agradar a aquel Dios que él predicaba cual autor de las cosas. Gil respondió a Nicoragua, según atestigua su cuestor regio Cereceda, lo que sigue.

No de que se maten hombres, ni de que se derrame sangre alguna; se complace el que nos crió a nosotros, y todas las cosas; lo único en que se goza es en el amor fervoroso que le tengamos; los arcanos de nuestro corazón están patentes para El: las aspiraciones de nuestro corazón desea sóla-mente; no se alimenta de carne ni de sangre; nada hay que tanto irrite como la matanza de los hombres, de quien desea ser alabado y glorificado. A los que son enemigos suyos y vuestros, arrojados a lo profundo del infierno, cuyas imágenes veneráis aquí, les gustan estos sacrificios abominables, y asimismo todas las maldades, para llevarse consigo a la perdición eterna vuestras almas cuando salgan de aquí. Eliminad de vuestras casas y templos estos simulacros vanos y

perniciosos; abrazaos a esta cruz, cuya imagen Cristo Dios bañó con su sangre por la salud del linaje humano, que estaba perdido, y podréis prometeros años felices y una eternidad de dicha para vuestras almas. También aborrece las guerras el Criador de las cosas, y ama la paz entre los vecinos, a los cuales nos manda amar como a nosotros mismos. Pero si, viviendo vosotros tranquilamente, alguno os ofende, le es lícito a todo hombre evitar la injusticia y defenderse a sí mismo y sus cosas; mas, el provocar a otro por ambición o avaricia, está prohibido, y el hacer eso es contra las buenas costumbres y la voluntad del mismo Dios.

2.—Hecha esta explicación, Nicoragua y sus cortesanos, allí presentes, con la boca abierta, mirando de hito en hito a Gil, dieron asentimiento a todas las demás proposiciones, y sólo hicieron mal gesto a eso de la guerra, preguntando que adónde habían de tirar sus dardos, sus yelmos de oro, sus arcos y sus flechas, sus elegantes arreos bélicos y sus magníficos estandartes militares. **“¿Daremos todo esto a las mujeres para que ellas lo manejen? ¿Nos pondremos nosotros a hilar con los husos y las ruecas de ellas, y cultivaremos nosotros la tierra rústicamente?”** (23). Gil no se atrevió a replicar a esto, conociendo que lo habían dicho medio alborotados. Pero a la pregunta que le hicieron del misterio de la cruz y utilidad de adorarla, les respondió: **“Si mirándola con sincero y puro corazón, acordándoos piadosamente de Cristo, que en ella padeció, pedís algo, lo conseguiréis como sea cosa justa lo pedido. Si os proponéis la paz, la victoria contra enemigos soberbios, frutos abundantes, aire tranquilo y saludable, u otras peticiones semejantes, las conseguiréis”**.

23) El cultivo, escaso y somero, lo hacían las mujeres. Nota del traductor Asensio.

3.—He mencionado que Gil les alzó dos cruces, una bajo el techo del templo, y otra al raso, en una alta mole hecha de ladrillo. Refiere Cereceda que, cuando llevaban a poner la cruz, iban delante pomposamente los sacerdotes, y detrás Gil, acompañados del cacique y de sus súbditos. Mientras la estaban fijando, comenzaron, a tocar las Trompetas y atabales; y cuando la hubieron asegurado, por los escalones que pusieron subió primero a la base Gil, con la cabeza descubierta, y arrodillándose, hizo allí oración en silencio, y al acabar, abrazándose al pie de la cruz, la besó. El cacique, y a ejemplo suyo todos los demás, hicieron lo mismo. Así los dejó imbuídos en nuestros ritos.

Acerca de la distribución de los días, les dijo que por espacio de seis días hay que dedicarse perpetuamente al cultivo y demás trabajos y artes, pero que el día séptimo es menester destinarlo al descanso y a las cosas sagradas, y les señaló, por día séptimo el domingo; y no pensó ni sería útil imponerles además larga serie de días festivos.

4.—Voy a añadir una cosa que omite Gil en el discurso de la narración y la ha contado Cereceda. Todos los bárbaros de aquellas naciones son imberbes, y tienen horror y miedo a los barbudos. Por esto, a veinticinco jóvenes que por su edad eran imberbes, cortándoles el pelo y arreglándolo, les puso barbas para presentar mayor número de barbudos que infundieran terror si se movía guerra, como después sucedió.

Añadió Cereceda que Gil le ha escrito que con doscientos cincuenta infantes que recogió en la Española y setenta jinetes, se dió a la vela hacia el 15 de marzo de este año 1524, con el empeño de buscar el anhelado estrecho. Pero este asunto no se ha presentado aún en nuestro Senado. Cuando se sepa lo sabrás.

PEDRO MARTIR DE ANGLERIA

5.—Dejemos ya estas cosas y pasemos a decir algo de la horrible costumbre lestrigónica de aquellas naciones, y de la situación y estructura de las casas y los templos. Los palacios de los caciques tienen de largos cien pasos, y anchos quince. Todos están abiertos por delante y cercados por detrás. Los pavimentos de los palacios están levantados medio estado de hombre sobre la tierra; los de las otras casas no se levantan nada sobre el suelo. Todas las casas están hechas de vigas, y cubiertas con paja, con un techo y sin piso. Los templos lo mismo. Son anchos, y tienen sus sagrarios interiores, oscuros y bajos, en los cuales cada uno de los nobles entierra sus penates, y los tienen por armerías; como que allí, con las banderas que llevan espectros pintados, guardan en tiempo de paz los instrumentos bélicos, arcos, aljabas, corazas y yelmos de oro, y anchas espadas de madera con que pelean de cerca, y también armas arrojadizas para pelear de lejos, y varios adornos guerreros; y a las imágenes de los dioses propios de cada uno, que se les dejaron sus mayores, les inmolan particulares víctimas humanas, y los adoran con fingidas oraciones de votos compuestos a su estilo por los sacerdotes.

CAPITULO VI

SUMARIO: 1.—Las plazas y la orfebrería. 2.—Los mataderos de víctimas humanas. 3.—Dos clases de ellas. 4.—Modo de inmolarlas.

1.—Las fachadas de los palacios de los caciques están guardadas, según la disposición y grandeza de su pueblo, por grandes plazas. Si el pueblo consta de muchas casas, tienen también plazas pequeñas, en las cuales puedan reunirse a comerciar los vecinos distantes del palacio. La plaza real la rodean por todas partes las casas de los nobles, y en medio de ella hay una que habitan los artífices del oro. Allí se funde el oro que se ha de labrar en diversas joyas, después, reducido a pequeñas láminas o barras, lo forjan a gusto de los amos, y, por fin, le dan las formas que se desean, y por cierto que no mal.

2.—Pero delante de los templos hay levantadas en el campo diferentes bases de ladrillos sin cocer y de cierto betún de tierra, a modo de plataformas, para varios usos. Tienen ocho escalones, en algunas partes doce, y en otras quince. El espacio de arriba es vario, según la cualidad del ministerio a que se destina: en uno caben diez hombres, y en medio de él sobresale una piedra de mármol que en lo larga y ancha iguala a la estatura de un hombre tendido: aquella infausta piedra es la de las miserables víctimas humanas. El día determinado para la inmolarción, a vista del pueblo que le rodea, sube el cacique a otra plataforma de enfrente para presenciar la matanza.

PEDRO MARTIR DE ANGLERIA

3.—El sacrificador, de pie sobre la piedra aquella que sobresale, oyéndolo todos, hace el oficio de pregonero, y vibrando el agudo cuchillo de piedra que lleva en la mano (pues en todas aquellas tierras tienen donde cortar piedras a propósito para hacer hachas, espadas y navajas, y de allí obtenemos nosotros cuantas queremos, y tampoco se quedó sin ellas el cardenal Ascanio), hace saber que se van a inmolar víctimas, y si son de los enemigos o de las que se crían en casa.

Porque dos clases de víctimas humanas hay entre ellos: una de enemigos cogidos en la guerra, y otra de las que crían en las casas. Pues cada cacique o cada noble cría desde la niñez en su casa, a sus expensas, víctimas para inmolar, y sabiendo ellos para qué los guardan, y les alimentan mejor que a los demás. Y no por ello están tristes, porque desde niños viven en la persuasión de que acabando la vida con aquel género de muerte, se convertirán en habitantes del cielo. Así es que, andando libremente por los pueblos, todos los que los encuentran les reciben ya con reverencia, como héroes, y los despachan cargados de todo lo que piden, sea de comer o para adornarse, y al donante le parece que le han concedido los dioses no pequeña dicha el día en que así ha dado algo.

4.—Pues estos varios géneros de víctimas tienen diferentes maneras de inmolarlas. A unas y a otras las tienden boca arriba, y del mismo modo, abriéndolos, les sacan el corazón por entre las costillas, y con la sangre de unos y otros, guardando la misma forma, ungen los labios y la barba. (24). Pero cuando la matanza es de enemigo, el pregonero y sacrificador, tomando el cuchillo en la mano y dando vueltas con ciertos cantos lúgubres alrededor de ella, tendida sobre

24) de los ídolos.

la piedra, la purifica tres veces, de seguida la abre, luego la corta en trozos, y cortada la reparte para que se la coman de este modo. Al cacique se le guardan las manos y los pies: los corazones se los dan a los sacerdotes y a su mujer e hijos, que les es lícito tenerlos, y lo demás se reparte al pueblo en pedacitos; pero las cabezas se cuelgan como trofeos en la ramas de ciertos árboles pequeños que para esto se crían poco distantes de aquel matadero.

Cada cacique crían en un campo próximo árboles determinados, que guardan los nombres de cada región enemiga, para colgar en ellos las cabezas inmoladas de los prisioneros de guerra, al modo que nuestros capitanes cuelgan en los muros de los templos los yelmos, banderas y otras insignias semejantes por tetigos de su loca sevicia, que llaman victoria. Les parece que sería mal año para ellos el en que no participaran el pedacito de la víctima enemiga.

Mas a las víctimas caseras, aunque las despedazan del mismo modo, después de muerta disponen de ella diferentemente: veneran todos sus trozos, y una parte, como los piés, las manos y las entrañas, echándolas en una calabaza, las entierran delante de las puertas de los templos; los demás trozos, y juntamente el corazón, entre los aplausos de los sacerdotes y cantos al fuego aquel, los queman a la vista de los dichos árboles destinados a los enemigos, haciendo una gran hoguera entre las cenizas de las víctimas anteriores, que se quedan en aquel campo y nunca se quitan de allí.

CAPITULO VII

SUMARIO: 1.—Oraciones y ofrendas de sangre propia de los ídolos. 2.—Ataque de un cacique traidor.

1.—Y cuando el pueblo ve que entre el acostumbrado murmullo de los sacerdotes se les refriegan los labios a los dioses hace entonces sus votos y oraciones, pidiendo buena cosecha de los campos y demás cementseras, salubridad del aire, paz o victoria si hay que pelear, y que los libren de la oruga y la langosta, de inundaciones y de sequía, de fieras y cualquier adversidades: cada uno pide según el cuidado que lo aqueja.

No contentos con estas ceremonias, el cacique y los sacerdotes y los nobles hacen también ofrenda, aunque solo a un simulacro. Fijándolo en la parte de una asta de tres codos, con suma pompa los ancianos graves lo sacan del templo donde la guardan religiosamente todo el año, a la vista del cielo. También éste es semejante a las deidades del infierno, como para espantar a los hombres las pintan en las paredes. Van delante los sacerdotes con sus ínfulas: cada pelotón del pueblo lleva en la marcha sus banderas, pintadas de mil colores, tejidas de algodón con las imágenes de sus espectros. De los hombros de los sacerdotes, que los llevan cubiertos con varias telas, penden unos cinturones más gruesos que el dedo, hasta las pantorrillas, los cuales, en cada una de sus orladas extremidades, llevan sujeta una bolsa en que llevan los agudos cuchillos de piedra y unos

saquitos de polvos, hechos de ciertas hierbas desecadas. Después de los sacerdotes van, por su orden, el cacique, y junto a él los nobles; después sigue mezclada la muchedumbre del pueblo sin dejar uno: a ninguno que pueda tenerse de pie le es permitido faltar a esta superstición.

Llegados al lugar designado, poniendo primero debajo hierbas olorosas o conchas pintadas para que el asta no toque el suelo, hacen alcho, sosteniéndola los sacerdotes, y saludan al diablillo con sus acostumbrados cantares e himnos; los jóvenes saltan alrededor, bailando y danzando, y ostentando agilidad con mil géneros de juegos, agitando los dardos y los escudos.

Hecha una señal por los sacerdotes, cogen todos las navajas, y volviendo la vista al simulacro, se hieren ellos mismos la lengua con incisiones, otros se la traspasan, la mayor parte la dividen hasta derramar no poca sangre; y todos con aquella sangre, como lo hemos dicho de los sacrificios anteriores, restregan los labios y la barba del necio simulacro; de seguida, echándose el polvo aquel de la hierba, llaman las heridas. Dicen que aquel polvo tiene tal virtud, que las úlceras se curan en pocas horas de modo que nunca se conoce que las hubo.

Hechas estas cosas, los sacerdotes abajan un poco el asta, y, primero el cacique, después los nobles y por fin los plebeyos, le hablan al oído al simulacro. Cada cual le expone las turbias tempestades de su alma, y cuchicheando con temor reverente y con la cabeza inclinada, le suplican que les favorezca fausta y felizmente en lo que desean. Engañados así por los sacerdotes, se vuelven a casa.

Mientras los nuestros se ocupaban en investigar estas cosas y otras ociosas, llegaron uno tras otros varios espías

PEDRO MARTIR DE ANGLERIA

dando parte de que Diriagen venía armado con intención, no sólo de retirar lo que él mismo había dado a los nuestros, sino también de matarlos. Ellos supieron que se aproximaba ya, confiado en que eran pocos, según los había espiado, y con la esperanza de apoderarse de lo que tenían consigo. También ellos hacen estima del oro, aunque no como moneda, sino para hacer joyas y adornarse con ellas. Llegó, pues, con gran chusma de gente armada a su usanza, y acometió a los nuestros, que si los hubiese encontrado desprevenidos, los habría matado sin dejar uno. Hubo recio combate hasta la noche.

CAPITULO VIII

SUMARIO: 1.—Reduce Gil González al cacique Nicoyán, rebelde. 2.—Gran lago en Nicaragua. 3.—Sin encontrar el estrecho.

1.—Aquí cuenta muchas cosas, que omito para que yo no te moleste a tí, y tú al Pontífice y a tus amigos. Infiérelas. Un puñado de los nuestros venció a muchedumbres muy grandes. Refiere con piadoso temor que les asistió Dios, Señor de los ejércitos, y los sacó sin novedad de aquel peligro.

El cacique Nicoyán, que había dejado a la espalda yendo en pos de la cambiada fortuna, y a cuyo territorio se había visto precisado a regresar, trataba asimismo de matarlos por quitarles el mucho oro que llevaban. (25). Sospechándolo Gil Gonzáles, no se fió de Nicoyán. Formando los soldados y guardando las filas, y colocando los enfermos y el oro en medio del escuadrón, con los cuatro caballos y los diecisiete arqueros y arcabuceros rechazó el furor de los enemigos y mató a muchos. Pasó aquella noche sin dormir: apenas amaneció pidieron la paz; les fue concedida, y se volvieron al puerto de San Vicente, de donde habían salido.

Encontraron que habían regresado las naves, que ya habían recorrido hacia Occidente unas trescientas leguas de

25] Anglería confunde a Nicoya con Nicaragua, pues fue éste quien lo atacó en su retirada posterior al combate con Diriangén. El mismo González Dávila lo detalla en su carta ya citada.

mar desconocido, entretanto que el mismo capitán hacía estas investigaciones en lo interior. Y se habían vuelto, como él lo dice, para reparar otra vez en aquel puerto las naves.

2.—Los alrededores de Nicoragua los describe así. Al tado interior del mismo palacio de Nicoragua dice que halló un lago de agua dulce tan largo que no pudieron explorar su fin, y cuenta que sus aguas experimentan flujo y reflujo, por lo cual opina que debe llamarse mar de agua dulce, y dice que está lleno de islas. Preguntando a los indígenas dónde desagua, y si lo hace en el mar vecino, que dista tres leguas, declararon que no tiene salida ninguna particularmente al próximo mar austral; pero dice que dejaron en duda si desagua o no por otra parte. Por esto él es de parecer, conforme dice que lo tienen por seguro fundándose en la opinión de los marinos, que aquello es la aglomeración de aguas que se corresponden con el mar septentrional, y que allí se podrá encontrar el tan deseado estrecho.

3.—Si deseas saber lo que yo opino en esto, digo, y sea dicho excusándole, que no ha encontrado el estrecho. Ya por ser las aguas potables, ya porque los naturales no saben que tengan salida, tenemos que continuar atormentados del mismo deseo de saber si estrecho alguno corta aquellos extensísimos territorios. (26).

26) Se han excluido los dos capítulos finales —el IX y el X— de esta década, porque no tratan nada de Nicaragua, salvo una pequeña información sobre las diferencias entre Pedrarias y Gil González: "Se me ha presentado Diego Arias, hijo del gobernador Pedro Arias, de quién se habló en otra parte. Espinosa dice que Gil González ha defraudado al gobernador Pedro Arias y a él, que, según afirma, mucho antes descubrieron los dos aquellas regiones, y, pasando adelante, dejaron tranquilos a los caciques y a los naturales. Ambas partes serán oídas". Espinosa es el mismo licenciado referido en la nota 6.